

*justificación (A propósito de 1Cor 1,30; 6,11)* (Jacinto Núñez Regodón); *Colosenses 1,9-23: Estructura y reflexiones teológicas sobre su contenido* (José Pedro Tosaus Abadía); *La ética de la disponibilidad en la Primera Carta de Pedro* (José Cervantes Gabarrón).

La tercera sección, la más numerosa, contiene ensayos referidos a la edad patristica prenicena y al gnosticismo: *La comunidad cristiana del obispo de Siria, Ignacio, gravemente amenazada por los poderosos círculos docetas y judaizantes* (Josep Rius-Camps); *Confesión de fe y mandamiento de amor. Trasfondo judío del credo cristiano* (Xabier Pikaza Ibarrodo); *Sobre la fecha del canon muratoriano* (José Manuel Sánchez Caro); *Historiografía, religión y filosofía en el siglo II* (José Pablo Martín); *La relevancia de las soteriologías gnósticas y maniquea para una crítica de la pseudociencia de la religión* (Fernando Bermejo Rubio); *El origen de la autoridad apostólica permanente entre los gnósticos* (Gonzalo Aranda Pérez); *Typological Portraits of Simon Magus in Anti-Gnostic Sources* (Alberto Ferreiro); *La literatura gnóstica en copto y el alegato antignóstico de Plotino: Aportes del Códice de Bruce y del Zostriano* (Francisco García Bazán); *El origen alejandrino de Enseñanzas de Silvano* (Jorge Juan Fernández Sangrador); *Le candelabre à sept branches image de l'Église, selon Irénée de Lyon* (Ysabel de Andía); *La verdad en el Contra Celso de Orígenes* (José Ramón Díaz); *Pozos, fuentes y ríos en la HomNum XII de Orígenes* (José Fernández Lago).

Un cuarto bloque, en fin, está dedicado a la patrología postnicena, con especial interés en la tradición hispana: *Atanasio de Alejandría y la unción de Cristo (Contra Arianos I,47-50)* (Luis F. Ladaria); *El Espíritu y el Paraíso. Notas de teología ambrosiana* (Carmelo Granado Bellido); *La tradición textual del Comentario a Daniel de San Jerónimo en los Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana (En trono a la tradición jerominiana hispánica)* (Eugenio Romero-Pose); *La belleza del Esposo. Un aspecto de la cristología de Gregorio de Elvira* (Juan José Ayán Calvo); *Elementos de Mariología nos Autores da Literatura Patristica Galaico-Lusitana* (Pio G. Alves de Sousa); *Cristo en el lagar. Pervivencia de una alegoría patristica* (José Luis Moreno Martínez).

Imposible entrar en más detalles. Pero lo dicho basta, no sólo para recomendar esta obra y tener una idea exacta de su contenido, sino también para comprobar el vasto campo que abarca la competencia de este maestro, y –con no menor grado de evidencia– el prestigio y afecto de que goza entre los autores amigos que le han ofrecido este notable homenaje.

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO

G. DEIANA, *Dai sacrifici dell'Antico Testamento al sacrificio di Cristo* (Urbaniana University Press; Roma 2002) 120 pp. ISBN 88-401-2068-8

El prof. Rinaldi Fabris, actual presidente de la "Associazione Biblica Italiana", presenta esta obra como una "monografía sobria y documentada" sobre el sacrificio, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, recordando el sentido que tuvo en

diversos momentos de su historia, como preparación del sacrificio definitivo de Cristo.

El fin del presente trabajo de investigación, dice G. Deiana, es seguir la evolución del concepto de sacrificio, desde los textos del Antiguo Testamento hasta los pasajes del Nuevo. Los cuales no sólo atribuyen a la muerte de Cristo la función sacrificial, sino que llegan también a prescribir a cada cristiano la obligación de transformar, tras la huella del Maestro, las vicisitudes de la vida en una auténtica ofrenda sacrificial (cf. p. 16).

Tenemos dos partes. La primera se titula *Teología del sacrificio en el Antiguo Testamento*. Trata, ante todo, de la importancia del sacrificio en la religiosidad hebraica. Pasa luego al sacrificio expiatorio. La segunda parte, titulada *El sacrificio de Cristo como cumplimiento de los sacrificios del Antiguo Testamento*, estudia el sacrificio en Hb 9; luego trata del sacrificio de Cristo como alianza y expiación; sigue con la expiación en Qumrán y en la cultura griega, para terminar con los desarrollos posteriores al Nuevo Testamento.

Estima Deiana que el mensaje central del Nuevo Testamento está en la muerte de Cristo como sacrificio. Dado su carácter de sacrificio expiatorio, es preciso entender adecuadamente el sentido de ese sacrificio para comprender bien el de Cristo (cf. p. 17). Recuerda que en ocasiones los profetas dan la impresión de estar en contra de los sacrificios, pero en realidad sus denuncias proféticas se dirigen no contra los sacrificios en cuanto tales, sino contra el modo como se realizan, sobre todo contra el mero formalismo y la falta de coherencia en la conducta moral del oferente (cf. p. 20).

Una de las propiedades del sacrificio está en el intento de encontrarse con Dios. Antes de la existencia del Templo, el altar tenía la función de garantizar la presencia divina y su bendición. Así, pues, el altar era el lugar de la teofanía divina donde el hombre entraba en contacto con el Señor que le bendecía con abundancia de dones (cf. p. 23). Con la construcción del Templo se da una evolución institucional, del altar que ocupa el centro del culto, según Ex 20,24-26 y 24,4-6, se pasa al Tabernáculo como lugar sagrado por excelencia de la vida religiosa (cf. p. 45). La cercanía de Dios se realiza en la Tienda del encuentro durante el desierto, y luego en el Templo. Con la encarnación Dios pone de nuevo, y para siempre, su morada junto al hombre. En efecto, cuando Cristo sube a los cielos, su presencia se realiza mediante la Eucaristía. Por eso al Sagrario se le suele llamar también Tabernáculo, como ocurría durante el caminar por el desierto (cf. pp. 45-46).

Naturalmente la centralidad del Tabernáculo no disminuye la importancia del sacrificio, que sigue siendo el momento de encuentro con Dios, nota esencial como vimos del concepto del sacrificio. Antes de exponer otros aspectos del sacrificio en el Antiguo Testamento, nuestro a. considera oportuno excluir una interpretación bastante difundida en el mundo religioso occidental, es decir, la creencia de que el sacrificio es un medio para que cese la cólera divina (cf. pp. 47ss; 58; 87s).

No se puede considerar la muerte de la víctima como una ofrenda hecha a Dios a cambio de la vida del oferente. Esta dimensión es ajena al texto bíblico. El animal, incluso en los ritos expiatorios, no viene sacrificado por el sacerdote sino por el personal auxiliar del Templo, mientras que el papel del sacerdote consiste en asperjar con la sangre. Si matar a la víctima fuera fundamental para el sacrificio, no se dejaría que lo hicieran quienes no eran sacerdotes (cf. Ez 44,10-13). Además, no se explica-

rían los sacrificios donde se ofrecen productos vegetales (como la oblación o minhab, en Lv 2), sin que medie el derramamiento de sangre.

Subraya el aspecto de acercamiento y de unión con Dios, intentado y simbolizado por medios de las ofrendas y sacrificios. En el caso de los sacrificios sin sangre se trata de honrar a Dios con unos dones determinados, desprendiéndose de algo personal y valioso; mientras que con los sacrificios con derramamiento de sangre se intentaba que esa fuente de la vida uniera al hombre con Dios, lo cual se realizaba mediante la unción con la sangre de los cuernos del altar y el asperjar la sangre sobre el pueblo. En los ritos constituidos por un banquete, también se consumía la víctima por Dios, al que se le ofrecía su parte mediante el fuego, mientras que el resto lo comían los representantes del pueblo. De esa forma Dios y el hombre participaban de una misma comida (cf. pp. 48-50).

Esa presencia de Dios, actualizada mediante el sacrificio se mantiene y renueva cada día en el pueblo hebreo, especialmente con el sacrificio de la mañana y el de la tarde, los dos momentos que señalan la división del día. En definitiva se intenta que toda la vida del pueblo esté envuelta por el culto. En el momento final de la redacción del Antiguo Testamento, acuciados por la necesidad de borrar los pecados en la vida del pueblo, el culto del templo de Jerusalén elabora los sacrificios expiatorios, mediante ritos de sangre (cf. pp. 50-52). Por tanto, el sacrificio expiatorio surge como una necesidad ante el rompimiento de las relaciones de amistad con Dios por culpa del pecado. Esta triste realidad está presente en los relatos del Génesis, tanto en el paraíso como en el devenir de la Historia. Se podría afirmar que el protagonista de la vida del pueblo hebreo es precisamente el pecado, con sus terribles consecuencias. Ello nos permite comprender la importancia progresiva de los sacrificios expiatorios, a través de los cuales el hombre responde a la necesidad de purificación, en un intento de neutralizar el poder corrosivo del pecado (cf. p. 57). Así, pues, la teología veterotestamentaria establece en el rito expiatorio el remedio más eficaz contra los efectos nocivos del pecado. De esa manera ese rito es una constante en todas las celebraciones, como se indica en Nm 28-29 respecto a cada una de las fiestas (cf. p. 59).

Estos sacrificios expiatorios sólo borran las faltas cometidas por inadvertencia como se deduce de Lv 4,2. 13. 22. 27. En cuanto a los demás pecados, aunque no los borra, sí disminuye los efectos que manchan y alejan de Dios (cf. p. 58). En cuanto al Yom Kippur refiere las diversas etimologías posibles y se inclina por la raíz de origen acádico. En la religión babilonense con el término kuppuru se indica la remoción de los efectos perversos de la culpa.

Como elementos del rito expiatorio señala el reconocimiento o confesión del pecado, la penitencia y el derramamiento de sangre (cf. Lv 4 y 6). En Lv 17,11 se dice que la vida está en la sangre y que Dios la ha dado para realizar la expiación sobre el altar, "pues la expiación se hace por la vida que hay en la sangre". Por tanto la sangre, fuente de vida, contrarresta el efecto del pecado, fuente de muerte. Este es el sentido del texto hebreo, que los LXX traducen por "la sangre expía en lugar del alma". Se sugiere así un intercambio, la vida del animal en lugar de la vida del pecador. Aquí está la raíz de la interpretación vicaria del sacrificio. Sin embargo el análisis del texto hebreo considera esa traducción como arbitraria y extraña a la tradición sacrifi-

cial hebrea. En cambio, la traducción de los LXX es comprensible a la luz de la religión griega que concebía el sacrificio como un modo de aplacar la ira divina.

Sin embargo, según el texto hebreo, la sangre no actúa sobre Dios sino sobre el hombre, remueve su impureza y restaura la sintonía con Dios. Además, la sangre como fuente de vida tiene una doble virtud; por una parte establece la comunión, como se ve claramente en el rito de la alianza; pero, por otro lado, remueve el pecado y cuanto obstaculiza la unión con Dios. En el caso de Cristo esa doble función se verifica en cuanto que su sangre instituye la nueva alianza, y al mismo es derramada por nosotros, según Lc 22,20 (cf. p. 67s).

En la segunda parte, apoyado en San Agustín citado por el n. 16 de la *Dei Verbum*, recuerda Deiana que el Nuevo Testamento late escondido en el Antiguo, mientras que éste se esclarece en aquel. Es cierto que Jesús afirma que no ha venido a abolir la Ley. Por eso la Iglesia primitiva confirma en general la tradición veterotestamentaria, pero al mismo tiempo incorpora nuevos elementos. Algo parecido ocurre con los esenios de Qumrán, quienes al apartarse del culto oficial del Templo dan un sentido nuevo al sacrificio. Cita un texto de la Regla de la Comunidad (1QS 8,1-18) donde se expone que la comunidad expía los pecados practicando el derecho y soportando diversas pruebas. En la práctica la vida misma es un sacrificio expiatorio (cf. pp. 94-95). En cuanto a los judíos, después de la destrucción del Templo, se da una evolución respecto al sacrificio Así se refleja en Si 3,3 donde se dice que quien honra a su padre expía sus pecados, o Prv 21,3 enseña que vale más practicar la justicia que ofrecer un sacrificio (cf. p. 96).

Probablemente esa exigencia determina la superación de los ritos tradicionales de expiación. Por una parte se habla de una conducta íntegra como principal modo de expiar los pecados, y por otra las abluciones purificarais sustituyen la tradicional aspersión de la sangre. De la práctica, dice Deiana, del sacrificio se pasó a la praxis que en el cristianismo será la función del sacramento de la penitencia. Afirma también que “es necesario sin embargo evidenciar que, mientras que las culpas perdonadas en los ritos de Lv 4-5 son culpas involuntarias, para el bautismo de Juan y de la iglesia primitiva no se ponen límites a su eficacia” (p. 97). Ello no equivale a equiparar el bautismo de Juan con el sacramento instituido por Cristo en cuanto al poder de purificación. Como es sabido, el bautismo de Juan sólo preparaba para la llegada del Mesías, mientras que el Bautismo de Cristo purificaba radicalmente al hombre, incluido el pecado original.

La frase “Cristo murió por nuestros pecados” de 1 Co 15,3, es considerada como una de las interpretaciones más antiguas de la muerte de Cristo. Estima que resulta problemático ver en tal expresión una relación con el sacrificio expiatorio del Antiguo Testamento. Se trata, en cambio, de una expresión corriente en la cultura griega. En efecto, desde la época clásica constituye una expresión usual para expresar el sacrificio voluntario de la vida en aras de un noble ideal. Esa concepción pasa al mundo judaico reflejado 2 Mac 7, donde la muerte del sacerdote Eleazar y la de los siete hermanos con su madre adquieren un valor de expiación por todo el pueblo, según 4 Mac 17,18-21. También en Dn 3 y 6 se desarrolla la misma concepción.

Es posible, prosigue Deiana, que esa tradición judaica esté recogida en 1 Co 15,3 y Ga 1,4 al hablar de la muerte de Cristo. Sin embargo, estima también que Is 53,4,

según los LXX, el Siervo carga con nuestros pecados. De todas formas, Pablo aunque haya utilizado esas categorías griegas, las ha modificado profundamente. La muerte de Cristo es un sacrificio en favor de todos, pero su muerte no tiene el fin de aplacar la cólera divina. De hecho Dios ha reconciliado "consigo mismo al mundo en Cristo" (1 Co 15,19). La iniciativa parte de Dios y no del hombre. Además, según Rm 5,8, "Dios demuestra su amor hacia nosotros porque, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros". En definitiva, no se trata de aplacar la cólera divina, sino de remover los efectos nocivos del pecado. Eso es lo que hace Cristo con su muerte, cumpliendo así lo significado en los antiguos sacrificios y llevándolos a su plenitud (cf. pp. 100-102).

Por ello, la muerte de Cristo más que un acto de reparación es la institución de una nueva alianza. Su sangre remueve los efectos del pecado, pero sobre todo hace posible no sólo el encuentro con Dios, sino la misma unión él. De esa forma el hombre se une a Cristo, se identifica con él. Y como él, ha de aceptar el proyecto misterioso de Dios, seguir sus pasos también camino del Calvario. De esa manera, el Padre transforma la abnegación de Cristo en fuente de vida. También sucede lo mismo con sus discípulos, íntimamente solidarios con él. "Esto nos lleva a considerar la solidaridad humana como elemento fundamental del cristianismo" (p. 107).

En definitiva, Cristo realiza la expiación no aplacando la ira de Dios, o sea expiando el pecado como resarcimiento, sino recorriendo junto con la Humanidad el camino de acercamiento del hombre a Dios. Cada cristiano asume el recorrido de Cristo, es decir, renuncia a realizar su vida a su modo, para realizarla según el proyecto de Dios (cf. p. 108). De esa forma todo cuanto le sucede, también el sufrimiento e incluso la muerte, adquiere una dimensión nueva que expía por el pecado y le permite encontrarse con Dios y permanecer unido a él (cf. pp. 109-112).

Termina con un resumen de los aspectos desarrollados, destacando el encuentro con Dios que supone todo sacrificio, así como el poder de la sangre, fuente de vida, para neutralizar el pecado, fuente de muerte. Se cumple el anuncio de una nueva alianza, hecho por Jr 31,31, en la cual se prevé el perdón de los pecados. Es en Cristo donde se realiza esa nueva alianza, que se renueva mediante la Eucaristía. Su sacrificio es, sin duda expiatorio (cf. Rm 3,24-25; Hb 9, 2 Co 5,21), una muerte "solidaria" con los pecadores (cf. 1 Co 15,3; 2 Co 5,14). Por otro lado, la muerte de Cristo resulta modelo del culto nuevo: el hombre puede transformar el sufrimiento más incomprensible en una ofrenda sacrificial que, en cuanto vivida "en Cristo", nos lleva a la resurrección (cf. p. 114).

Una bibliografía selecta y actualizada completa este breve, pero enjundioso, estudio.